

Viajes de Pietro della Valle

“el peregrino”

(1586 – 1652)

CARTA XIII desde ALEPO

I.13.09 – El Monte de Los 40 días y el Lago Sarbonis

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por
Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano.
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 12-07-2024
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE “EL PEREGRINO”

Primera parte

A L E P O



CARTA DECIMOTERCERA

15 de junio de 1616

I.13.09 – El Monte de Los 40 días y El Lago Sarbonis.



*El Monte de la tentación de Cristo, o “de los 40 días”.
Fotografía de 1910.*

13ª CARTA desde Alepo

(15 de junio de 1616)

entrega I.13.09

El Monte de los 40 días y el Lago Sarbonis.

La entrega anterior (I.13.08) concluye con la llegada de Pietro della Valle al río Jordán, y al sitio en el que dicen fue bautizado Jesucristo; comentando las raras costumbres de algunos peregrinos y sus formas de entender “el bautismo” en el río Jordán.

I.13.07 “... Pero, a fin de cuentas, éstas son costumbres de estos pueblos bárbaros, aunque también cristianos. Yo, personalmente, me conformé con beber agua del río; agua que tomé con mis manos; además, quería ver el lugar en donde Nuestro Señor había sido bautizado, sitio que por fin encontré y adonde ya habían llegado varios peregrinos.”

I.13.08 Cuando empezó a clarear el día, pude ver mil y una curiosidades, ya que, para satisfacción de todo el mundo la caravana permaneció allí más de una hora; después, acompañados del Sanjaco regresaron a Jerusalén; pero nosotros, los otros cristianos, con el Señor Scarlatty, y algunos otros griegos, nos fuimos a ver, como es ya tradición, el desierto en el que Nuestro Señor ayunó durante cuarenta días, y que precisamente por eso se llama el Monte de los 40 días. Así conseguimos despedirnos del Sanjaco, pidiéndole que nos dejara alguna de su gente para acompañarnos; algo que hizo de inmediato. Aunque, antes de dejarnos marchar, quiso hablar con nosotros, y mandó a decir al Padre Vicario de los Religiosos que tenía algo que comunicarle, y que podía venir con todos los de su Compañía; aunque creo que esto lo hacía únicamente por verme. El Padre se presentó ante él, acompañado de mi Capigi; mientras yo permanecía detrás montado en mi caballo, con algunos otros haciendo como que no sabía lo que pasaba.

El desierto en el que Nuestro Señor ayunó durante 40 días.

Valentía mostrada por el Sr. Della Valle ante el Gobernador de Jerusalén.

El Sanjaco estaba sentado en el suelo, sobre un tapiz pequeño. Bebiendo café tal y como es habitual entre ellos. Hizo que el Vicario y el Capigi se sentaran cerca de él, ofreciéndoles también un café, y queriendo que mi Capigi le informara sobre mí, porque él sabía que yo estaba allí; preguntándole cuál de los allí presentes era yo; pero cuando el Capigi le respondió que yo no estaba, el Sanjaco comenzó a gritar, y a decir a voces, porque le podía oír desde lejos:

- ¡Cómo es posible que ese no quiera presentarse ante mí!

Entonces el Capigi le presentó mis excusas, diciéndole que en verdad yo estaba convaleciendo y me hallaba muy débil, y que por esa causa ni siquiera había descabalgado.

No respondió nada de momento; pero no cabe duda de que quería verme; de modo que, despidiéndose de los religiosos, y los cristianos, y montando en su cabalgadura, vino con ellos ante mí; preguntando al Capigi cuál era yo. Yo, que le vi venir, pero quise seguir ignorándole, hice como que no le conocía, porque para no verle, miré hacia otro lado; pero finalmente se acercó tanto que pasó a mi lado, al mismo tiempo que el Capigi me llamaba, y me dijo que el Sanjaco me saludaba; por lo que entonces me volví, y él con una sonrisa de pérfido y traidor, me saludó educadamente; yo, por mi parte, le devolví el saludo de la misma manera; solo con una inclinación de la cabeza, tal y como se hace por aquí, pero sin quitarme el sombrero, y sin darle ninguna otra muestra de cortesía más allá de las que yo había recibido. Hechas las despedidas de esta manera, el Sanjaco tomó el camino de Jerusalén, y nosotros el de la Montaña de la Cuarentena, con la compañía que os he comentado.

Descripción del Valle de Jericó.

Ya algo alejadas del Jordán, encontramos las ruinas de una iglesia, construida en el mismo sitio en el que San Juan predicaba y bautizaba. Luego, pasamos por la bella llanura de Jericó, de varias millas de larga, y por la que continuamos nuestro camino, al final del cual, al pie de las montañas, pudimos contemplar las ruinas de la ciudad de Jericó, en la actualidad una pequeña aldea bastante habitada, en cuyas proximidades se aprecia un gran monasterio en ruinas, edificado en otro momento sobre las de la Casa de Eliseo. Tampoco se ve hoy en día en Jericó, el bálsamo¹ que, según Estrabón, se encontraba en su época.

La gruta a la que se retiró Nuestro Señor Jesucristo durante los 40 días de su penitencia.

Un poco más lejos de la ciudad, está el Monte de los 40 Días, un desierto muy escabroso y elevado, que subimos a pie, aunque con bastante peligro de caer. Pasamos entre rocas y precipicios, casi hasta llegar a la cima, para ver una pequeña gruta en la que Nuestro Señor permaneció durante su penitencia, y en donde fue tentado por el Diablo.

El que hubiera estado a punto de subir hasta la última cima, seguramente lo habría hecho y así conocido el lugar en el que *Ostendit ei Omnia regna Mundi, etc.*² pero el camino era tan escarpado, lleno de rocas y de peligros, que nosotros nos conformamos con elevar hasta allí nuestro espíritu, haciendo las plegarias a ese Santo Lugar desde lejos, para no darle oportunidad al Demonio de transportarnos hasta allí arriba, sin cuya intervención es casi imposible llegar.

¹ En la edición francesa aparece "Bausme", y en la italiana "bálsamo". Lo hemos traducido por bálsamo, aunque no se comprende bien el sentido de esta frase. (Nota de la traductora).

² *Iterum assumpsit eum diabolus in montem excelsum valde: et ostendit ei omnia regna mundi, et gloriam eorum*, etc.: "Finalmente el diablo le llevó a un monte muy alto, y mostrándole todos los países del mundo y su grandeza..." (San Mateo, 4.8.) <https://www.biblija.net/=9&m=Mt+4.1-11> (27-07-2023).

Después de haber cumplido con nuestras preces y satisfecho nuestra curiosidad sobre esa montaña, regresamos hacia Jerusalén por otra ruta, en la que encontramos un poco más allá de la ciudad de Jericó, esa fuente, cuya agua al principio era muy mala, pero que gracias a las oraciones y bendiciones de Eliseo se convirtió en excelente. Se trata más bien de un copioso arroyuelo que de una fuente; discurre bajo una arboleda al pie de una montaña por un lugar tan fresco y agradable en el que, como ya era hora de cenar, nos detuvimos para descansar un poco con muchísima satisfacción.

*El Lago
Asfaltide o
Lago Sarbonis*

Volviendo a nuestras cabalgaduras, continuamos la marcha hacia Jerusalén, y por el camino aún tuvimos la oportunidad de ver el Mar Muerto, que fuimos costeadando a lo largo de la llanura, y en donde hallé numerosas piedras y terrones de barro bituminoso, de los que se ven por todo el país y que el Mar Muerto (o Lago Asfaltide, que los Antiguos denominaban Sarbonis) produce.



Estrabón comenta que en Egipto usaban esta sustancia bituminosa para embalsamar los cuerpos, y nosotros hemos leído en las Sagradas Escrituras que, incluso antes de que Sodoma y Gomorra fueran exterminadas, este valle era ya un desierto salvaje en el que fueron construidas ambas ciudades, y que estaba todo él lleno de pozos bituminosos que el Mar Muerto ha inundado hoy en día.

Volviendo finalmente a esas montañas por el camino ordinario nos reunimos con la caravana que se dirigía lentamente hacia Jerusalén. Pero como yo temía llegar demasiado tarde y para no pernoctar en el exterior, dado que las puertas de la ciudad se cierran precisamente a la Puesta del Sol, espoleé un poco a mi caballo, y poniéndome delante de la caravana marché todo el tiempo al galope para conseguir entrar en Jerusalén, pues ya estaban a punto de entornar sus puertas. No obstante, tuvimos que esperar un poco a que el *Cadí* nos diera su permiso para poder entrar.

*El Monte
de los Olivos.*

La mañana del ocho de abril, subimos al Monte de los Olivos, sobre cuya cima había una pequeña iglesia o capilla que han ocupado los turcos, y desde donde Nuestro Señor subió al Cielo. Sobre una Roca de la Montaña se puede apreciar la huella de uno de sus sagrados pies, cuya impresión se

formó milagrosamente en el momento de su ascensión. Solo se ve [la huella de un pie] en esta Iglesia, porque los turcos se han llevado la otra [huella], a la que veneran con gran devoción en el Templo de Sulaymân, su mezquita más importante; una veneración como la que sienten por la que ha quedado sobre la montaña, y que no han movido de allí.

Después de rezar allí nuestras oraciones, pues a los cristianos nos permiten entrar en ese lugar, bajamos de la montaña por la otra vertiente, y atravesamos por la ciudad de *Betfagé*¹, desde donde partió Nuestro Señor, montado sobre una burra, cuando hizo su entrada triunfante en Jerusalén.

El sepulcro de Lázaro.

Desde allí descendimos hasta Betania, aún poblada por unos pocos habitantes, y en donde vimos el Sepulcro de Lázaro, excavado, como los demás, en la roca de la montaña. Formado por dos pequeñas celdas, una encima de otra; en la puerta de la primera, ahora entrada a una mezquita de los turcos, se puede ver la piedra que aún se conserva allí y que se desplazó ante la orden de Nuestro Señor; actualmente se usa como un altar sobre el que un Padre Jesuita que viajaba con nosotros ofició una Misa; a la par que su compañero, la celebraba a su vez en la segunda celda, la que está bajo la primera, y en donde fue enterrado el cuerpo de Lázaro.

Cuando salimos de allí fuimos algo más lejos, ya en el campo, en donde entre las ruinas de antiguos edificios, porque en ese lugar ya no se conserva nada, nos mostraron lo que apenas queda de las casas, o más bien de las iglesias, antaño erigidas en honor de Santa María Magdalena y de Santa Marta. A pocos pasos de ambas vimos una piedra sobre la que piadosamente se cree que Nuestro Señor se dignó sentarse cuando las Santa Mujeres le dijeron que Lázaro había muerto.

Algunos sitios interesantes en donde Nuestro Señor predicó acerca del Juicio Final.

Después de ver aquellos hermosos vestigios, volvimos sobre nuestros pasos por el mismo camino de *Betfagé* y por la cima del Monte de los Olivos; aunque descendiendo por una senda distinta a la que habíamos tomado a la ida, y por donde vimos el sitio en donde Nuestro Señor predicó sobre el *Juicio Final*, y otro en el que enseñó el *Pater noster*, así como el lugar en el que los Apóstoles compusieron el *Credo*.

Continuamos hacia el valle de Josafat, y sobre un promontorio, desde el que se tiene una buena panorámica de toda Jerusalén, pudimos ver el lugar en el que Nuestro Señor lloró y dijo: *Ay, Jerusalén, Jerusalén...* al contemplar la Ciudad. Con esta visita dimos por finalizada la jornada.

¹ **Betfagé** (*Casa de los higos*) es un lugar en la antigua Judea, ahora parte de Jerusalén, que se menciona en el Nuevo Testamento, antes de que Jesucristo entrara en Jerusalén. Mateo XXI, 1; Marcos XI, 1, y Lucas, XIX, 29. (<https://fr.wikipedia.org/wiki/Bethphag%C3%A9>). 28-07-2023.



Próxima entrega: I.13.10 – Un milagro un tanto sospechoso y un Della Valle escéptico.

